

MADRID CÓMICO

ADMINISTRADOR
DON J. POLANCO.

PERIÓDICO FESTIVO ILUSTRADO
SALE TODOS LOS DOMINGOS

REDACCION Y ADMINISTRACION
ADUANA, 35, TERCERO.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En MADRID y PROVINCIAS, tres meses, 2 pesetas.—ULTRAMAR, seis meses, 7.—FRANCE, six mois, 5 francs.—PORTUGAL, seis meses, 700 reis.

VENTA.

ESPAÑA, 25 números, 1'50 pesetas.
PARÍS, 25 exemplaires, 2 francs.—
LISBOA, 25 exemplares, 350 reis.
NÚMERO SUELTO, 10 céntimos.

PUNTOS DE SUSCRICION.

MADRID, librerías de Cuesta, Carretas, 9, y Luna, 3; Administracion principal de Loterías, Clavel, 4, y en la Administracion del periodico.

LA SALUD AL ALCANCE DE TODOS — POR ARNAU.



¡¡¡ DESAHUCIADOS !!!

¿Pero, por qué sois tacaños?
 ¿Por qué os habeis de entregar
 á esos médicos extraños
 á la ciencia de curar?
 ¿Por qué os marchais á los baños
 del Molar?
 ¿Por qué haceis medicamentos
 con medicinas caseras?
 ¿No veis que con los hungüentos
 y con la sal de acederas
 os saldrán granos á cientos
 y boqueras?
 ¿Quién no descubre la hilaza
 si se mete en una tina
 de ceniza y de mostaza,
 se dá enjundia de gallina
 ó cataplasmas de harina
 de linaza?
 Pues si veis todos los días
 que yo me las tengo tiesas
 y que doy gratas sorpresas
 con las medicinas mias,
 decidme: ¿por qué haceis esas...
 porquerías?

La niña bonita ó fea,
 larga ó corta,orda ó flaca,
 que dice que se marea
 y se pone tacamaca
 por no usar mi panacea
 ¡la bellaca!

La mamá, génio fosfórico:
 la del abdomen esférico,
 á cuyos golpes de histérico
 tiembla el museo pre-histórico
 y á mí me llama teórico.....
 ¡y quimérico!

El galan que en la verbena
 pasea con la querida
 y cree que tiene muy buena
 la salud y muy lucida,
 y luego pasa la vida....
 ¡en Archena!

¡Desahuciados! ¡Todos juntos
 aunque me llameis mal bicho
 me estais oliendo á difuntos!
 ¡No lo tomeis á capricho!
 ¡Ultimad vuestros asuntos!
 ¡Basta!—He dicho.

RICARDO DE LA VEGA.

DE TODO UN POCO.

Contemplaba yo la otra tarde la estatua de Calderon de la Barca, pensando, casi á la vez, en el ayuntamiento de Madrid, en la Academia Española y en *La vida es sueño*: tres cosas distintas y un sólo letargo verdadero; cuando vino á sacarme de mis meditaciones, el diálogo que sostenian dos hombres del pueblo, parados tambien, como yo, ante la estatua del inmortal D. Pedro.

—Oye, tú—decia uno de ellos—¿pa qué lo habrán sacao con bata y con bigote y perilla?

—Pus ahí verás; pa que naide lo conozga. ¡Si te

digo que en este Madriz, no hacen nada al derecho?

—¡Cuánto mejor hubiá estao con su traje de picador, á caballo y todo, y no así sentao, y poniendo la cuenta de la lavandera! ¿No es verdad, tú?

—¿Y por qué lo habrán puesto así?

—Pus ahí verás tú; lo que dice un banderillero del Sordo: ¡pa desacreditarlo!

* *

Varias veces, al retirarme á mi casa, entre once y doce de la noche, se me ha acercado un hombre poderosamente vestido, y con voz lastimera me ha dicho: ¡señorito, una limosna por amor de Dios, que no me he desayunado todavía!

Y, como es natural, y aún á riesgo de coger una pulmonía, he desabrochado mi gaban y socorrido á aquel infeliz, cuyo estómago me hacia pensar inmediatamente en las arcas del ministerio de Hacienda.

Sin embargo, ayer noche, maravillado de la resistencia de ese hombre, que, por lo visto vive sin comer, no pude ménos de decirle: amigo mio, ó Vd. me engaña, ó si no hágame Vd. el favor de explicarme cómo se arregla para vivir de ese modo; porque yo haré lo mismo, y me ahorraré bastante dinero.

—Pues no le engaño á Vd., señorito, me contestó; no me he desayunado todavía.

—Pues entónces, no comprendo cómo puede usted resistir.

—Es muy sencillo, me respondió: me he acostumbrado á no hacer más que una comida fuerte, á las doce de la noche; y ahora mismo me voy á Fornos, y ya estoy arreglado hasta mañana á la misma hora. ¿Si Vd. gusta?...

* *

Esto me recuerda lo que me sucedió con otro pobre que, acompañado por un perro, pedia limosna el invierno pasado en las inmediaciones del teatro Real.

No dejaba pasar alma viviente, al alcance de su voz, sin pronunciar la siguiente frase: ¡señorito, una bendita limosna, para este pobre ciego de nacimiento!

Una noche en que hacia mucho frio, me sentí conmovido, y le dí dos reales.

Pero el ciego me los devolvió inmediatamente, diciéndome: señorito, son falsos.

—¿Cómo? exclamé indignado; ¿pues no dice usted que es ciego?

—¿Yo? No señor; me contestó sonriéndose. ¡Si el ciego es mi perro!

* *

En los teatros, en el parque de Madrid, y en los salones aristocráticos, no se habla más que de bailes, próximos á realizarse.

La humanidad, pues, vá á levantar los piés un poco, con objeto de ponerse contenta.

Siempre que presencio un baile, pienso en que la felicidad debe residir en el cielo; puesto que elevándonos sobre la tierra, todo lo que buenamente podemos, comenzamos inmediatamente á sentirnos más felices.

* *

Como todos los años, han subido por la calle de Hortaleza multitud de animales vistosamente engalanados: se han detenido ante la iglesia de San An-



tonio, abad; allí, un sacerdote ha bendecido la nutritiva cebada, y luego han bajado alegremente por la calle de Fuencarral.

¡Dichosos ellos! Durante un año comerán alimentos benditos; no les harán daño, y se pondrán tan gordos y tan lustrosos, que dará gusto verlos.

En cambio, yo he almorzado esta mañana un guiado que era toda una herejía; y un par de huevos, que no tenían nada de católicos.

Pero me tranquilizo. El vino, no me cabe duda de que estaba perfectamente bautizado.

* * *

Me hallaba anteanoche en una casa, y se hablaba de música.

—¿Qué óperas le gustan á Vd.? le preguntaron á un caballero que goza fama de filarmónico, y es crítico musical de varios periódicos.

—Le diré á Vd., respondió el interpelado. De las antiguas, el *Pollito* y el *Regüeldito*; de las modernas, el *Dinero*, el *Muñon*, las *Capuchitas de Manteca* y el *Rey que dá la hora*.

—Pero hombre—no pude ménos de preguntarle—¿qué óperas son esas que no las he visto en mi vida?

—Bien se conoce—me contestó—que no sabe usted una palabra de italiano; pero yo se lo traduciré á Vd. El *Pollito*, todo el mundo sabe que es el *Poliutto*; el *Regüeldito*, *Rigolletto*; el *Dinero*, *Dinorha*; el *Muñon*, *Mignon*; las *Capuchitas de Manteca*, *Capuletti e Montechi*, y el *Rey que dá la hora*, bien claro está que es el *Re di Lahore*.

CONSTANTINO GIL.

LA MÚSICA.

(INÉDITO.)

La música es el acento
que el mundo arrobado lanza,
cuando á dar forma no alcanza
á su mejor pensamiento:
de la flor del sentimiento
es el aroma lozano;
es del bien más soberano
presentimiento suave,
y es todo lo que no cabe
dentro del lenguaje humano.

Dichosa tú que su palma
has llegado á merecer
consumiendo á tu placer
la mejor parte del alma;
tu voz infunde la calma
y arrebatada y enamora.....
¡Ay de mí! Tu seductora
y celestial armonía,
¡cuántas veces calmaría
este afán que me devora!

ADELARDO LOPEZ DE AYALA.

LA PERDICION DE LOS HOMBRES.

No había más remedio; aunque le pesara mucho á su madre, era preciso que Eduardo partiera para América; allí estaba su porvenir; ese fantasma por el que se malgasta el presente y se desperdicia la parte más hermosa de la vida en crearse goces, para cuando son inútiles. El viaje es largo y lleno de peligros; el éxito, lejano y dudoso; pero de nada de esto teme

tantos males la madre, al verse en la dura necesidad de separarse del hijo de sus entrañas; nada le altera tanto como las añagazas y las celadas que pueden armarle las mujeres. La mujer sólo deja de serlo cuando es madre; y la madre hacia justicia á las mujeres, atribuyéndoles cuantos males pesan sobre los míseros mortales del otro sexo.

Su corazón se lo decía, y el corazón de las madres no suele engañar; aquel hijo no volvería á su lado; y la única causa de esta desgracia sería una mujer. Si las mujeres aborrecen á las mujeres, porque temen ver en ellas rivales pretéritas, presentes ó futuras, es natural que las aborrezcan más las madres, porque los celos son más grandes cuando es más grande el cariño.

La madre lloró mucho, dió muchos besos á su hijo y un sólo abrazo que duró tanto como los besos y muchísimo ménos que sus lágrimas.

Pero consolémonos de la pena que nos causa la de la madre, con las esperanzas y la alegría del hijo, que, aunque siente la separación, está satisfecho al verse dueño de su persona y deseoso de llegar al fin de su viaje, y dar principio á su fortuna, que no cree dudosa; pues imagina que para conseguirla—permítaseme lo vulgar de la frase—no hay sino llegar y besar el santo.

Mas «¡ay del que fia del viento y del mar!» como dijo el poeta; es decir, uno de los poetas. A los cinco días de navegación se presentó una nube en el horizonte, pequeña al principio é inmensa luego; el viento rizó las olas más que de ordinario; y... en fin, todo el mundo sabe cómo se forman las tempestades. Llovió, relampagueó, tronó y entre el aire, el agua y el fuego fué el barco á pique, y Eduardo se vió, sin saber cómo ni por dónde, asido á un madero y zarandeado por las olas á merced del huracán.

Tras la tormenta volvió la calma, pero no volvió el barco, y el pobre náufrago seguía columpiándose muellamente sobre el madero, sin ver otra cosa que agua y cielo, y temiendo servir para una francachela de tiburones.

A los dos días de baños, el hambre y el cansancio le hicieron perder el conocimiento. No pudo darse cuenta de lo que le sucedió despues; sólo supo que al comenzar á despertarse sintió en el rostro un vientecillo suave, fresco y vivificador, y en las narices un aroma delicadísimo desconocido para él. Abrió los ojos, y se encontró tendido en un lecho de frescas y olorosas yerbas, bajo un dosel de corpulentos árboles de anchas hojas que impedían llegar hasta él los rayos del ardiente sol de los trópicos. A su lado, haciéndole aire con un abanico de plumas de mil colores, había una mujer de piel oscura, pero hermosísima en su clase; el cabello hubiera podido servirle de túnica; los ojos eran grandes y brillantes, la nariz correcta, los brazos esculturales y turjente el seno; de todo lo cual se hizo cargo á primera vista, porque la individua andaba sumamente ligera de ropa.

¿Qué mujer era aquella? Se lo preguntaba, y no entendía la respuesta. ¿En qué país estaba? Ignoraba la zoología y la botánica, y nada le decían la fauna ni la flora. No supo sino que estaba en un país salvaje.

Eduardo se repuso de sus pasadas fatigas, gracias á los cuidados de aquella mujer, á quien seguramente debía la existencia. La esposa más tierna, la madre más cariñosa, sólo hubieran hecho tanto por un esposo ó un hijo. Él no tenía que cuidarse de nada de lo necesario para su vida; ella se despertaba ántes del alba, y volvía para saludar á su compañero con frutos sabrosísimos y tiernísimas aves. Aquella mujer le amaba, sin duda, porque ella le hablaba con el único idioma universal, que es el de los ojos, y los ojos no saben hablar más que de amor.

Varios días habían pasado sin que el náufrago

EL TRAMVIA — POR CUCHY



El cobrador.—¿A dónde va Vd?
La señora.—¿Y á Vd. qué le importa!

Se levantan muertos
en un santiamen...
¿Y á esto llaman luces?
¡Pues ahí verá usted!

—
Si una pobre niña,
por hambre tal vez,
falta á los deberes
de mujer de bien,
la dá por desprecio
cartilla la ley;
y todos la miran
con mofa y desden;
mas si tiene coche
y en su esplendidez,
dá al mundo elegante
magníficos thés,
acude á sus fiestas
la gente en tropel,
y dicen si acaso,
¡que locuela es!
¿Pero es vicio sólo
el que marcha á pié?

¿qué moral es esta?
¡Pues ahí verá usted!

—
"Haré economías:
"pronto lo vereis:
"venga el presupuesto
"lo castigaré."
Así en la tribuna
declamaba ayer
un señor ministro
que no nombraré,
y hace unas rebajas...
que tienen que ver.
De veinte escribientes
se quedan en diez;
fuera azucarillos;
se tasa el papel;
cordilla del gato
sies cuartos en tres...
¿Y crea otras plazas?
Y gastos tambien.
¿Y esto se hace en sério?
¡Pues ahí verá usted!

RAFAEL GARCÍA SANTISTEBAN.

UNA NOVELA AL REVES.

EPILOGO.

Han pasado dos meses: Juan y Felisa se han casado y son felices.
Juan el dia de la boda llevó puestos aquellos dos adminículos que tantos disgustos le habian ocasionado.
Hoy los tiene metidos en una urna en la rinconera de su cuarto.
Un lector.—¿Pero hombre! ¿Qué manera de escribir es esta? empieza usted por el epílogo, y todavía no sabemos quién es Juan ni quién es Felisa, ni cuáles son esos dos adminículos que ahora están metidos en la urna.
Yo.—¡Ay! ¡Usted dispense! He dado á la imprenta el epílogo en vez de dar el primer capítulo de esta novelita. ¿Qué le vamos á hacer? Ya no tiene remedio.
—Eso es jugar con los lectores.
—Bastante lo siento; pero ha sido una distraccion.
¿Usted no padece distracciones?
—Bueno, bueno; basta de palique y á ver cómo arregla usted este pastel.
—Francamente, no sé cómo componerme. Si usted se conforma pondremos ahora el último capítulo, y así irá usted leyendo hasta llegar al primero.

—Con tal de que me vaya enterando, estamos corrientes.

—Pues alla vá.

CAPÍTULO IV.

Por último, al volver Juan á su casa encontró á su patrona, que estaba poniendo el grito en el cielo.

—¿Qué le pasa á usted, señora? le dijo.

—¡Y usted me lo pregunta! ¡Usted que parecía tan bonachon! ¡Usted sin saber por qué me ha usurpado mis botitas de los días de fiesta!

—¡Ah! ¿Eran las de usted? ¿De veras son de usted?

Y aquí Juan pensó para su capote el pié remonono que tendría su patrona, cuando sus botas le habían venido á él bien.

Para consolarla y convencerla de la equivocación, tuvo que convidarla á comer pavo trufado, y el pobre Juan por aquellas terribles botas, *pagó el pato* por tercera vez.

Volvió á ver á Felisa al cabo de algunos días, y ésta le puso buena cara.

Por fin, una tarde que Juan salía de paseo con las botas de su patrona, porque el zapatero no había terminado las nuevas, y porque la patrona se las había regalado, encontró á su novia, habló con ella, y ¡oh felicidad! Felisa le dijo que fuera á pedir su mano á su papá, pero que *se pusiera las botas*.

El papá le contestó que en acabando la carrera podría casarse con su hija.

Faltaban dos años.

Pero para el que ama no hay imposibles, y Juan determinó estudiar en dos meses los dos años que le faltaban, aprovechándose de la libertad de enseñanza de aquél entonces.

¡Qué prodigio de chico!

El lector.—Pues me quedo tan enterado como antes.

Yo.—Verá usted; leamos el capítulo tercero, y así tal vez lo entienda usted mejor.

CAPÍTULO III.

Al salir Juan de aquella tienda donde tan buena acogida había tenido, se fué disparado á su casa; pero como el pobre chico estaba medio loco por la fuerza de los acontecimientos, en vez de entrar en el portal de su domicilio, se entró en el de enfrente, y al subir el primer tramo de la escalera, tropezó con un hombre que cogiéndole por el pescuezo, después de haber dirigido unas furibundas miradas á las novelescas botas de nuestro tipo, le hizo entrar á empellones en una habitación y le arrojó de un embite á los piés de una señora fea y arrugada que estaba en la sala principal.

—¿Me negarás, dijo aquel hombre furioso, que este hombre es tu amante?

—¡Cómo! ¡Marcial! ¿Qué dices? contestó la señora fea; yo no conozco á este caballero.

—¿Que no le conoces? ¡Si es el vecino, mujer, si es el vecino!

—En efecto, no le había reconocido; ¿pero eso te autoriza para suponer que ese jóven sea...

—No repliques; mira la prueba más grande que podía presentarte, mira ese par de botinas que yo te regalé el día de tu santo, y que ahora se deshonran de verse en los piés de ese mozalvete.

—Caballero, se atrevió á decir Juan; estas botas...

—Cállese usted.

—Estas botas... añadió la señora de D. Marcial, se las he regalado yo el otro día á Doña Pascuala del Catre, la patrona de huéspedes de ahí enfrente.

—No puede ser, pensó Juan, porque me vienen anchas.

D. Marcial pareció calmarse un poco con aquella explicación, y dejó marchar á Juan, pero advirtiéndole

que si le volvía á ver haciendo señas á su esposa, le rompía el bautismo.

Juan salió precipitadamente de aquella madriguera, pensando en los motivos que podía haber dado para que aquel hotentote de D. Marcial imaginara que tenía relaciones con su esposa, una vieja fea, y por añadidura arrugada.

Cuando salió á la calle, miró los balcones de aquella casa, y lo comprendió todo. En el piso segundo vivía su adorada Felisa, y como pasaba el día haciéndole cucamonas, D. Marcial que vivía en el primero, se figuró que iban dirigidas á su mujer.

Juan no pudo ménos de reirse de la aventura, y entró en su verdadera casa.

¡Cuántos contratiempos en tan corto rato!... ¿Eran pocos?

Yo.—Apreciable lector, ¿te vas enterando?

El lector.—Un poco.

—Pues leamos el capítulo segundo.

RICARDO SEPÚLVEDA.

(Se continuará.)

A LA MUERTE DE DOÑA MARIA CAJUS.

SONETO INÉDITO.

Linda hermosura, que en su edad florida
ennobleció del Bétis la ribera,
al soplo helado de la parca fiera
yace aquí en triste polvo convertida.
¿Por qué mi amarga y enojosa vida
aún el golpe fatal gimiendo espera?
¿Por qué el árido espino persevera,
si la rosa cayó, del cierzo herida?
Jóven á las mansiones del espanto
desciendes: la vejez triste, al perderte,
queda entregada al tédio y al quebranto.
Así se burla de la edad la muerte;
¡y yo baño tu losa con mi llanto:
cuando debieras tú llorar mi muerte!

ALBERTO LISTA.

EL LUNAR.

CUENTO ORIGINAL.

IV.

—¿Conque no crees lo que me ha dicho ese hombre?—preguntó el soberano al ministro, en cuanto aquél hubo salido.

—Señor, no quiero disgustaros, pero me permito dudar de ello. Podemos, sin embargo, averiguar si es cierto que por un medio semejante ha curado á quien nos dijo; y si resulta verdad, yo, como vos, creeré que es seguro el remedio que propone, y buscaremos una mujer que tenga ese lunar, haciendo para encontrarla todos los esfuerzos posibles.

—Pues deseo que se averigüe inmediatamente si en efecto ha curado á ese que padecía como yo.

—Se preguntará inmediatamente.

Y á muy poco se supo con certeza que aquel hombre, por un medio desconocido, pero según el interesado muy sencillo, le había curado de una antigua y horrible tristeza en poquísimos días.

Averiguado esto, y aunque sin decir para qué objeto, mandáronse miles de emisarios en busca de una mujer que tuviera el lunar apetecido.

Además, en todos los sitios públicos se colgaron carteles que decían, poco más ó ménos, lo siguiente:

«Toda mujer que tenga sobre el hombro derecho un lunar negro del tamaño de una lenteja, se presentará en el palacio del primer ministro.»

V.

A pesar de tantas averiguaciones y de tan numerosos anuncios, la anhelada mujer no parecía.

Infinidad de ellas se presentaron; unas tenían el lunar un poco más arriba, otras un poco más abajo; éstas un poco más chico, aquéllas un poco más grande.

Por fin, pareció una que lo tenía en el sitio designado, y del tamaño preciso, pero no era negro, sino de un color de chocolate claro.

A pesar de esta pequeña falta, se hizo entrar á la mujer, que era, por cierto, fea y vieja, en la cámara real, y con el mayor secreto dió un beso en la frente al monarca, que en cuanto lo recibió se puso más triste que nunca, y empezó á llorar á chorros.

Despidieron de mala manera á la mujer del lunar que no acertó á comprender todo aquello, y se continuó buscando con más ahinco á la que tuviese las necesarias condiciones.

VI.

El tiempo corria, y el príncipe empeoraba.

A tal extremo había llegado su descontento, que lloraba hasta durmiendo; y noche hubo en que, para que no se ahogase en su propio llanto, tuvieron que sacarle de la cama.

Y, entretanto, enflaquecía poco á poco, hasta quedar en los huesos; el infeliz ya no tenía fuerzas más que para sollozar, soltando cada suspiro que parecía imposible saliesen de aquel cuerpecillo tan débil.

Y la mujer del lunar no parecía, por más que se la buscaba sin descanso. ¡Tan difícil es, aun á los príncipes, hallar aquello que más desean!

VII.

Llegó la primavera. Los árboles se pusieron sus trajes verdes, y cantaron los pájaros las mejores cavatinas de su repertorio. Todo en el campo era alegría.

Una mañana de las más risueñas, en que no había una sola nube en el cielo, el príncipe se hizo trasladar en brazos desde el lecho, que ya por sí sólo no podía abandonar, á un sillón colocado junto á un balcon abierto sobre el jardín de palacio.

Allí lo dejaron solo porque la gente le entristecía más, y se entregó á su sabor á la más profunda melancolía.

El alegre espectáculo que ofrecía á su vista la naturaleza le producía un pesar indecible. El pobrecito lloraba hilo á hilo, y á través de sus lágrimas miraba al jardín donde los ruiseñores gorjeaban á á su gusto.

De pronto vió aparecer por entre los árboles á una muchachuela que contaría quince años á lo sumo, y que vivaracha, cantando como una alondra, y corriendo como una cierva, hollaba apenas con su planta la alfombra de flores.

El príncipe tuvo envidia de aquella chicuela, hija del jardinero.

Dirigióse ésta á una fuente que vertía un chorro de agua fresca y bullidora, y despues de mirar en torno suyo como para cerciorarse de que nadie la veía, se quitó el corpiño de lana azul que llevaba, y empezó á lavarse jugueteando con la clarísima corriente.

El príncipe al verla lanzó un grito, y la muchacha asustada, se cubrió rápidamente con el corpiño, y echó á correr ocultándose entre los árboles.

El príncipe, que desde algunos días ántes no había podido moverse del sitio donde le colocaban, hizo un supremo esfuerzo, púsose en pié, y cogiendo el cordón de una campanilla, le agitó con toda la fuerza que le quedaba.

Acudieron varios servidores.

—¡El ministro! exclamó el príncipe; que venga pronto, pronto.

Salieron á buscarlo, y pocos momentos despues entró en la estancia.

—Oye, le dijo el príncipe esforzándose para echar del cuerpo la voz; la hija del jardinero que venga... tiene el lunar... negro... en el hombro derecho... como una lenteja.

—¿Es posible?

—Sí, la he visto... ¡que venga!

Y dicho esto se echó á llorar amargamente mientras el ministro salía de la habitación con toda la velocidad que sus piernas le permitían.

VIII.

A muy poco el ministro volvió acompañado de la muchacha, que aún traía quitado el corpiño y pintado el rubor en el rostro.

—Es cierto, señor, dijo al entrar el ministro; ¡vais á ser feliz! ¡Tiene el lunar! Vamos, añadió, dirigiéndose á la jóven, dá un beso en la frente al rey.

La muchacha se resistía, y el príncipe lloraba más que nunca.

—Vamos, repitió el ministro, cogiendo á la jóven por un brazo y obligándola á acercarse al enfermo.

La muchacha se aproximó, y encarnada como una amapola, le besó en la frente.

Así que el príncipe sintió aquel anhelado ósculo de felicidad, se sonrió alegremente, pintándose en su rostro la alegría más completa.

—¡Qué feliz soy! dijo, riendo como un niño.

—¡Y hemos buscado por todas partes lo que teníamos aquí! exclamó el ministro.—Dale otro beso, dijo á la muchacha.

Esta se acercó de nuevo y le besó como ántes. El príncipe soltó una carcajada sonora y cerró los ojos.

—¿Éstais ya contento, señor? le preguntó el ministro.

¡El príncipe no respondió! ¡Estaba muerto!

La muchacha dió un grito; el ministro se quedó aterrado.

Y cuando poco despues salía de la habitación decía para sí el buen viejo llorando:

¡Siempre lo mismo! El primer momento de verdadera felicidad es el último de la vida.

M. RAMOS CARRION.

CHISMES Y CUENTOS.

Un estudiante de derecho que no había asistido á la universidad en todo el curso tuvo la desfachatez de acercarse á su catedrático ocho días ántes del exámen y proponerle lo siguiente:

—Sr. D. Fulano; confieso que soy un holgazan: pero si Vd. me hace perder el año, me asesina.—¿Quiere Vd. tener la bondad de decirme lo que me vá á preguntar en el exámen para que yo lo estudie y pueda salir airoso?

—¡Hombre!... (replicó el catedrático) ¡tiene Vd. una frescura admirable! Pero por esta vez voy á darle á Vd. gusto. Prepárese Vd. para hablarnos de la *novísima recopilacion*.

—¡Muchas gracias, Sr. D. Fulano!—Y se retiró satisfecho.

Llegó el día del exámen, y el estudiante sin haber visto un libro ni por el forro, se presentó con la mayor tranquilidad.

—Vamos á ver, señor mio: díganos Vd. de qué trata la *novísima recopilacion* (le preguntó el catedrático).

—¡Pues... trata de lo mismo exactamente que trata la *nueva*.

—Bien; pues entónces díganos Vd. de qué trata la *nueva recopilacion*.

—¿La nueva? ¡Perdone Vd.! ¡Eso no es lo que habíamos convenido!...

* *

Otro estudiante de leyes más aficionado á las estocadas de Frascuelo que á las *partidas* de D. Alfonso, fué interrogado en el exámen.

—¿Qué sabe Vd. de las leyes de Toro?
 —Sé muy bien que el que se descuida vá á la enfermería.
 * * *
 He visto pescar langosta,—y la pescaban en lancha.—Es natural, á la angosta,—se la pesca con la ancha.

En la estacion del Norte:
 —¡Mozo, mozo! ¿el despacho de billetes para el Escorial?
 —Acaban de cerrarlo, sólo faltan cuatro minutos para la salida del tren.

—¡Maldicion!... ¡Aguardar á mañana cuando la infeliz de mi suegra no quiere morirse hasta que yo la vea!

—¡Caballeros! ¿quién me cede por el doble de su precio un billete para el Escorial?...

—Señorito yo tengo uno de vuelta.

—¿En primera?

—En segunda.

—¡Lo mismo dá! ¡¡La campana!!

El viajero toma el billete de manos del revendedor; atraviesa de un salto la sala de descanso: llega al tren cuando éste se pone en movimiento; se lanza dentro de un departamento de segunda, y arrojándose de golpe sobre una banqueta exclama lleno de satisfacción:

—¡Al fin podrá morirse esta noche!...

Pocos momentos despues llega el revisor.

Nuestro protagonista presenta su billete.

El empleado le contempla estupefacto y despues de algunos instantes de silencio replica:

—¿Caballero, este billete es de Vd.?

—Sí señor.

—¿Está Vd. seguro?

—Y mucho.

—¿Pero Vd. no tendrá la pretension de viajar con él?

—¿Por qué?

—Señor, porque es de perro.

Á UN MATRIMONIO GLOTON.

Con el dador te mando una racion—de bocas y percebes que ayer ví—en la célebre fonda de Lardhy,—donde tienen los vagos su mansion.—Si son buenas por ser de donde son—os daré gusto á tu mujer y á tí:—pero si salen malas, sobre mí—caiga el fruto de horrible indigestion.—Y si tal cosa llega á suceder,—yo quedaré contento por demás—cual otro Sancho Panza al recoger,—el bálsamo cruel de Fierabrás,—que á su pobre señor le hizo volver—lo que habla comido años atrás.

Le dijo á un tuerto Ruperto:—¡Usted es tuerto por antojo!—¿Por antojo?—¡Sí por cierto!—Si usted se saca el otro ojo—dejará usted de ser tuerto.

En el gimasio de D. Pablo:

—¿Trabaja Vd. en las paralelas?

—Sí señor.

—¿Y sabe Vd. ya dar saltos mortales?

—¿No señor, todavía no he pasado de los veniales.

En un exámen de historia universal:

El catedrático.—¿Qué sabe Vd. de Carlo-Magno.

El alumno.—Señor, que se murió.

El catedrático.—Bueno, ¿pero no tiene Vd. más que decir?

El alumno.—¡Requiescat in pace!

—¡Pero hombre! ¡qué parecidas son las dos hijas de D. Frutos! ¡son idénticas!

—En efecto, sobre todo la una.

EPIGRAMA.

De parto, Célia se hallaba;
 En trance tan apurado
 Su marido acongojado
 Inquieta la contemplaba;
 Y ella con amable gesto,
 Por consolarle, decia:
 “¡No te apures, vida mia,
 Que no tienes culpa de esto!”

CABEZAS.

ADVERTENCIA

A las muchas personas que nos honran, remitiendo trabajos suyos á la redaccion de este periódico, despues de darles las más expresivas gracias por su atencion, debemos manifestarles que, excepcion hecha de los artículos de redaccion, no publicaremos ninguno que no vaya autorizado con la firma de su autor.

EL DIRECTOR
 ALVARO ROMEA.

En la Administracion de este periódico se admiten anuncios á 15 céntimos linea. Los señores suscritores, tienen derecho á un anuncio gratis, de cuatro líneas cada trimestre.

La Redaccion y Administracion del mismo se han trasladado á la calle de la Aduana, núm. 35.

VERNON Y QUINTANA.

COMISIONISTAS Y REPRESENTANTES

de

CASAS NACIONALES Y EXTRANJERAS.
 MADRID.

TIENEN REFERENCIAS.

EXPORTACION DE VINOS

DE

JEREZ Y SANLUCAR.
 BELA NERINI, HERMANOS.

PUERTO DE SANTA MARÍA.

Representantes en Madrid, Vernon y Quintana.

MONLEON.

36.—JACOMETREZO.—38.

Los que cruzais el golfo de la vida

Sin amor y sin fé;

¿Quereis gozar la tierra prometida?

Pues tomad mi café.

Curando al 80 por 100 de los desahuciados, en su farmacia siempre encontrareis al

DOCTOR GARRIDO.

6.—LUNA.—6.

PIANOS Y ARMONIUMS.

GRAN DEPÓSITO DE V. NAVAS.

Desengaño, 15.—Piso primero.

Los célebres de Erard, Pleyel y Raynard, así como los de la fábrica de Mr. Chassigne, que relativamente son los más económicos conocidos, se hallan en esta casa garantizados y sin rivalidad en baratura. Comparad con artistas inteligentes. Cambios y alquiler.

MADRID, 1880.—Imp. de M. G. HERNANDEZ, San Miguel, 23.